

Llegó de Chile cuando era una niña. Intentó estudiar Trabajo Social pero desistió de la universidad. Trabajó en radio, pero hace más de 30 años decidió dedicar su vida a la actividad solidaria junto al grupo de mujeres que integran la fundación Manos Unidas. Desde hace siete años se encuentra enferma y asegura que el trabajo solidario es el principal remedio para su diabetes.

LA TITULAR DEL TALLER MANOS UNIDAS CONTO PARTE DE SU VIDA A DIARIO PATAGONICO

Sandra Vera: una inmigrante que dedica su vida a la ayuda social

llame en otro momento: "Si no caigo en terapia en dos días estoy bien, siempre es así", señala.

Se cumple el tiempo estipulado, el teléfono suena, Sandra atiende y explica que debe viajar a Buenos Aires para que le instalen un catéter que controle los niveles de insulina. No habrá próximo llamado.

El encuentro siguiente se produce en el gimnasio municipal 3 de esta ciudad. Allí se festeja el Día del Niño con los chicos del jardín Juanito Bosco. A Sandra se la ve contenta, mirando la sonrisa de los chicos y disfrutando de la alegría que le produce dar felicidad, quizás por los recuerdos de una niñez que obligaron a crecer sin la presencia de sus padres.

LOS INICIOS

Sandra Vera tiene 54 años, nació en Puerto Montt, Chile, y desde pequeña vive en Comodoro Rivadavia producto del fallecimiento de su madre, situación que derivó en la separación de sus cuatro hermanos.

"Me vine a vivir con mi tía Carmen, acá vinimos tres hermanas y todos fueron a diferentes familias. Fue muy triste porque estuve sola siempre, sin mi papá sin mi mamá, pero bueno, yo traté de superarme.

Estudié, trabajé, me formé, me educé bien pero siempre lo que me faltó fue el cariño de mamá", cuenta ante **Diario Patagónico**.

Ella misma lo afirma: quizás fue la falta de su familia lo que abrió ese espíritu solidario que la llevó a crear el taller Manos Unidas que funciona desde hace más de 30 años en el barrio Jorge Newbery.

A pesar de las dificultades, Sandra siempre intentó superarse a través de la educación que recibió en el Colegio Perito Moreno donde realizó sus estudios primarios y secundarios.

Fue en esta última etapa cuando comenzó a trabajar de empleada doméstica, como se llamaba en esos tiempos al servicio de limpieza. "Empecé a trabajar en la casa del gerente del Banco Nación, el señor Cistari. El doctor Cistari (hijo) y Sony (contador), que es el otro hijo de ellos, me adoptaron como si fuera su hermana porque eran dos varones ellos".

Una vez que terminó sus estudios secundarios comenzó a estudiar en la Universidad la carrera de Trabajo Social, aunque "quería también hacer Comunicación Social", recuerda.

Sin embargo, desistió de este objetivo y al poco tiempo contrajo matrimonio con Pe-



"Me gusta hacer lo que hago. Yo voy a morir haciendo esto porque a mí me quitás la fundación y me matás", dice Sandra Vera.

dro Flores, un policía federal con quien tuvo tres hijos: Hugo (35), Ana Mariela (31) y Natalia Alejandra (27).

Fue en esa época cuando Sandra comenzó a incursionar en la locución. "Empecé a hacer un programa tipo periodístico y un día me agarré un comerciante y me dijo tenés una voz como para hacer bailanta. 'No, dije, con la edad que tengo', pero un día me probaron y les gustó. Además la parte económica era buena así

que salté de un lado y me fui a la parte bailantera", recuerda entre risas.

Así empezó en radio Omega y después hizo la locución en Gigante. Sin quererlo, a través de esa comunicación, llegó al trabajo social que realiza en el taller Manos Unidas.

"Siempre la gente nos llamaba a la radio para decirnos que necesitaban trabajar y a nosotros se nos ocurrió un día empezar a agrupar y juntar a todas las mujeres que eran mo-

distas, para tratar de conseguir trabajo", relató.

SUENOS SOLIDARIOS

Así, Sandra junto a Cremilda Carrera, Amelia Briones, Tanixa Matamala y Susana Morales, dieron inicio al taller, con el objetivo de ayudar a las personas de diferentes puntos de la ciudad.

El trabajo es arduo y constante, las bolsas negras con ropa y juguetes son los únicos adornos del taller que funciona en una habitación de la casa donde vive Sandra con su marido.

Toda esta labor tuvo un reconocimiento simbólico en el año del centenario de la ciudad, cuando el municipio eligió a Sandra como la mujer del año. Sin embargo, hace siete años la vida de Sandra cambió producto de un infarto y el descubrimiento de la diabetes que afecta su salud. "Es como dice el padre Corti: Dios nos manda a la tierra por algo. Yo no paré y sé que a mi marido no le gusta, porque para él no es justo que siga trabajando, pero a mí me gusta hacer lo que hago. Yo voy a morir haciendo esto, porque a mí me quitás la fundación y me matás", señala remarcando sus palabras.

"Yo pienso que esto fue lo que me ayudó a salir adelante. Los médicos se sorprenden, como la doctora Lucero, que me ve salir de terapia y a los dos días estoy subiéndome arriba de un camión y yéndome a la Cordillera", agrega.

Pasaron diez minutos de las cuatro de la tarde de un día de agosto. El tono del teléfono pide tiempo y paciencia, y justo antes de que atienda el contestador automático, se escucha la voz de Sandra Vera, la responsable del Taller Manos Unidas que funciona en el barrio San Martín.

Su voz suena como siempre, sin embargo su estado de ánimo no es el mejor debido a que la diabetes una vez más castiga a su cuerpo. Aún así, con amabilidad pide que se